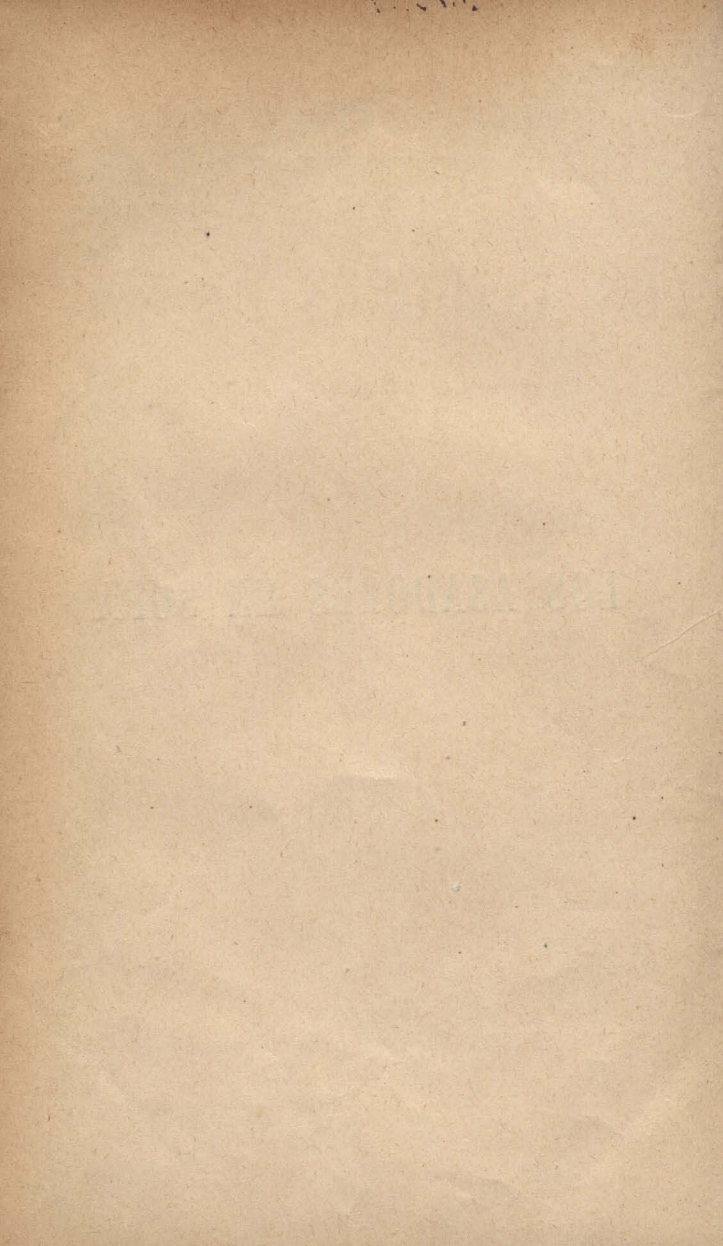
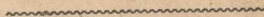


LOS ASADORES EN SOPA



8/2.50

BIBLIOTECA SELECTA PARA LOS NIÑOS



LOS ASADORES EN SOPA

TESORO DORADO — ALGO

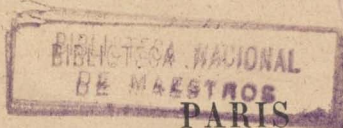
POR

ANDERSEN

TRADUCCION CASTELLANA DE GARCIA-RAMON

Ilustraciones de Yan'Dargent

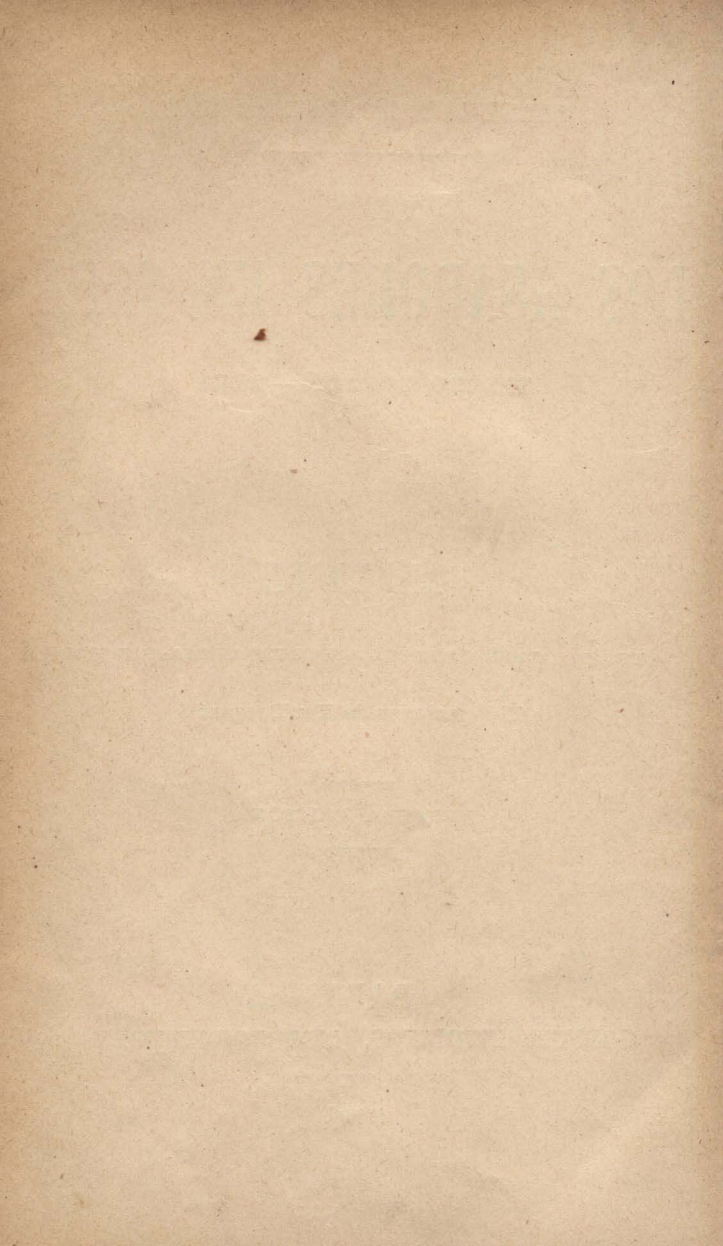
TERCERA EDICION



GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

1911

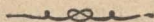




De pronto vi aparecer a mi alrededor una bandada de adorables criaturas
(Página. 14.)



LOS ASADORES EN SOPA



I

« Voy á contaros el exquisito festin que ayer tuvimos, dijo una rata vieja á una de sus comadres que no habia asistido al banquete. Me hallaba colocada à la izquierda de nuestro anciano rey, en el vigésimo sitio, lo que me parece un puesto muy pre-

ferente. Debe interesaros conocer el detalle de los platos: hubo pan enmohecido, corteza de tocino, sebo, y para postres salchichas asadas. Despues de haber concluido volvimos á comenzar, de modo que fué como si hubiésemos tenido dos comidas. Todos estábamos muy alegres y decíamos esas agradables tontunas que se dicen en familia. *Perez Giravito*

» Lo devoramos todo; sólo quedaron los asadores de las salchichas. Á lo mejor de la conversacion, una de mis vecinas recordó la locucion proverbial: *asadores en sopa*; todo el mundo habia oido hablar de este plato, pero nadie lo habia probado y nadie sabía prepararlo.

» Se brindó con sumo ingenio por el inventor de esta sopa, y dijeron que habia resuelto la cuestion social, cosa más profunda de lo que parece.

El anciano rey se levantó entónces y declaró que aquella de las ratas jóvenes que supiese condimentar esta sopa del modo más apetitoso sería su esposa, sería reina. Y concedió un plazo de un año y un dia para prepararse á la prueba.

— No es mala la idea, dijo la comadre. Pero ¿cómo es posible preparar esa decantada sopa?

— Amiga mia, eso es lo que se preguntan todas las señoritas del bando ratuno, y las viejas tambien, pues esperan que las dejarán tomar parte en el certámen. Todas desearian ser reinas; lo único que

las asusta es que, para dar con la famosa receta, hay que dejar á sus padres y correr el mundo, á la buena de Dios. No todas se atreven á dejar á su familia y las seguras madrigueras, para correr aventuras por esos campos. ¿Quién sabe si viajando hallarán todos los dias su racion de pan y cortezas de tocino? Lo



más probable es que se pase hambre, sin contar el peligro de ser masticada por un gato. »

Y con efecto, esta desagradable perspectiva enfrió el ardor de las ratunas señoritas; sólo cuatro se presentaron para intentar el lance y viajar por el mundo en busca de la receta de la sopa. Eran jóvenes, lindas y vivarachas, pero pobres; esto las in-

fundió valor. Cada una se dirigió á uno de los puntos cardinales, llevando un asador como báculo á fin de no olvidar nunca el objeto de su excursion.

Partieron cuatro, á principios de mayo, pero un año despues sólo volvieron tres ; la cuarta no regresó ni mandó noticias suyas.

Habia llegado el dia señalado. « No hay placer completo, dijo el rey ; la pobre ratita habrá perecido. » Luego ordenó que se convocasen á la gran cocina, todas las ratas y ratones á cien leguas á la redonda. Las tres ratitas formaban en fila, ante Su Majestad, y á su lado habia un asador cubierto con un velo negro en memoria de la cuarta que no habia parecido. Quedó ordenado que nadie pudiese expresar su parecer, emitir una opinion ántes de que el monarca hubiese manifestado la suya.

Veamos ahora lo que pasó.



II

LO QUE LA PRIMERA RATA VIÓ Y APRENDIÓ EN SUS VIAJES.

Cuando me marché para visitar el mundo, dijo la ratita, pensaba como todas las ratas de mis años que nada tenía que aprender, y que poseía en mí toda la ciencia. ¡Ilusion! Para alcanzar este resultado se necesita contar muchos años, unos tras otros, y tal vez no se consigue nunca. Comencé por embarcarme en un buque con rumbo al Norte. Me habian dicho que el cocinero era un hombre hábil que sabía sacar partido de todo, y que, efectivamente, en el mar era indispensable poder guisar con poca cosa. « Tal vez, me habia dicho, se verá obligado á poner en sopa un asador, y veré entónces cómo se arregla. »

Pero nada de esto; habia buenas lonjas de tocino, grandes barriles de carne salada y blanquísima harina. Á fe mia, viví con regalo y no se trató, ni por asomo, de hacer sopa de asadores.

Navegamos muchos días y no ménos noches, bailando la nave que era un contento. Á veces el agua de las olas me salpicaba y me mojaba de la cola á las orejas. Llegamos al fin al extremo norte, donde abandoné la nave por la tierra firme.

Extraña sensacion os acomete cuando, al salir



del agujero en el que habéis pasado toda vuestra juventud, y despues de embarcaros en un buque, — otra especie de agujero, — os halláis de repente en campo raso, en el extranjero, á miles de leguas del hogar paterno.

Delante de mí se extendian grandes y poblados bosques de pinos y abedules que despedian un fuerte olor á resina. Creí en un principio que olia á sal-

chichas y me precipité hacia el bosque, pero no conseguí más que tomar frío y estornudar durante cinco minutos.

Seguí adelante y encontré grandes lagos que parecían de tinta vistos desde lejos, pero que eran lípidos vistos de cerca. Una bandada de cisnes permanecía tan inmóvil que la tomé por la espuma, pero los reconocí cuando se alzaron del agua y se pusieron á andar, balanceándose, como los ánades. En efecto, son de la misma familia, y por mucho orgullo que se tenga, nadie puede ocultar su origen por completo.

Yo me atuve á los animales de mi casta. Trabé relaciones con ratones campesinos, pero no saben gran cosa, sobre todo en materia culinaria, y no podían serme útiles para el objeto que tenía mi viaje. Cuando les hablé de asadores en sopa les pareció tan extraordinario que á álguien se le hubiese ocurrido semejante plato, que se fueron á contarlo por todo el bosque. La sorpresa fué universal y se declaró que la cosa era puramente imposible, lo que me probó que no conocían el secreto que yo buscaba. Pero me enseñaron por qué era tan punzante el olor del bosque, por qué plantas y flores eran tan aromáticas. Estábamos en mayo, cosa que no sabía, pues habia olvidado calcular el tiempo con las tempestades que habia sufrido en el mar.

Corria la primavera y por esto, segun me explicaron, olian tambien las plantas y los lagos fulguraban.

Cerca de la linde del bosque, en una plazoleta rodeada de quintas, se elevaba un palo alto como el mástil de un navío, y en su punta llevaba coronas de flores y cintas de colores : era el árbol de mayo. Los aldeanos y las campesinas bailaban alrededor al sonido de un violin que acompañaban cantando. Estaban poseidos de loca alegría. El sol se ocultó, la luna se levantó en el cielo, y las parejas siguieron bailando.

Era una cosa que no me interesaba ; todo lo que habria ganado mezclándome á la gente habria sido algun pisoton capaz de aplastarme. Fuí á acurrucarme en un monton de musgo tan suave como el cútis de nuestro venerado monarca, y verde como conviene para reposar la vista que tenía un tanto cansada despues de lo que, en tan poco tiempo, habia tenido que ver.

De pronto vi aparecer á mi alrededor una bandada de adorables criaturas, que apénas me llegaban á la rodilla ; tenian la forma de un hombre, pero eran mejor proporcionadas. Eran los genios del bosque, vestidos con hojas de las más hermosas flores ; era una variedad de colores deliciosa.

Todos parecian buscar algo en la yerba ; algunos se acercaron á mí.

« Hé aquí precisamente lo que nos hace falta, » dijo uno de los más lindos, señalando el asador que yo tenía en la pata. Y cuanto más miraba mi báculo, más satisfecho parecía. « No tengo inconveniente en prestarlo, dije yo, pero hay que devolvérmelo. — ¡ Devolver, devolver ! » exclamaron en coro, y cogieron el asador que les dejé, pues tenía completa confianza en gente tan bien vestida.

Se fueron corriendo á un sitio en que el musgo era ménos espeso y clavarón en el suelo mi asador, que se sostuvo con solidez. Ahora comprendí lo que querían : era tener un árbol de mayo. Comenzaron á adornarlo, y en toda mi vida he visto cosa más magnífica.

Unas arañas pequeñas cubrieron la aguja de lardear con hilos de oro y colgaron de ella banderolas tejidas con delicadeza ; su blancura á la luz de la luna era tal que me deslumbró. Los industriosos animales fueron en seguida á tomar los más brillantes colores en las alas de las dormidas mariposas y pintaron con ellos sus ligeros tejidos.

Algunos pétalos de flores, algunas gotas de rocío brillaban como diamantes acá y acullá, colocadas con gusto. No reconocía mi asador ; jamas hubo en la tierra árbol de mayo parecido á este.

Fueron luego á buscar á los genios superiores, á los ricos señores y las hermosas damas, pues los que ha-

bian preparado la fiesta eran simples siervos. Me convidaron á acercarme para disfrutar del espectáculo, aunque no muy cerca, pues al moverme habria podido aplastar á alguién de la sociedad.

Comenzaron los bailes. ¡ Qué deliciosa música la que entónces escuché ! Por todo el bosque resonaban cantos de las aves canoras; el cuclillo, el ruiseñor, el mirlo y hasta los cisnes, si no me engaño, ejecutaron una pieza. Era un sonido lleno y armonioso como el de un centenar de campanillas de cristal. El susurro suave de la brisa en el follaje acompañaba el canto, y un genio, golpeando en mi asador con una varilla de flores, le arrancaba el sonido más melodioso. Nunca lo habria creído posible. Este bastoncillo se convirtió en un instrumento músico. Estaba extática, y conmovida; aunque no sea más que una ratita, tengo mucha sensibilidad y lloré de alegría.

¡ Qué corta me pareció la noche ! Pero, en esta estacion, el sol amanece muy temprano.

Al alba, un viento fresco se llevó las banderolas y las cintas, las hermosas guirnaldas, todos los adornos del árbol de mayo. Seis genios vinieron á traerme mi asador, dándome las gracias con la mayor urbanidad, y preguntaron si, en pago del servicio que les habia prestado, deseaba algo; añadiendo que si estaba en su poder lo harian con mucho gusto.

Así la ocasion por los cabellos y les supliqué me

dijesen cómo se condimentaban los asadores en sopa.

« Acabas de verlo, respondió el principal. No reconocias tu asador ; has visto todo el partido que hemos sacado de él.

— No hablo en sentido figurado, sino en sentido recto, repliqué. Se trata de una sopa real y efectiva. »

Y les conté toda la historia, y el objeto de mi viaje, y lo que del descubrimiento de la receta esperaba.

« Bien veis, añadí, que el rey de los ratones en su poderoso imperio no sabría sacar provecho de todas las cosas con que habéis adornado mi asador, admitiendo que yo pudiese reproducirlas ; sería un buen espectáculo, pero sólo á propósito para los postres, cuando ya no se tiene hambre. »

Entonces el genio mojó su dedo en el cáliz de una violeta y lo paseó por el asador : « Oye bien. Cuando estés de vuelta al lado de tu rey, toca su hocico con esta varilla, y verás salir el más lindo ramillete de violetas, aunque sea en el mes de diciembre. Así te habré dado algo como recompensa, y aun añadiré algo más. »

Á estas palabras, la ratita acercó el asador al augusto hocico de su soberano y, en efecto, la varilla se halló cubierta de violetas en una punta ; el olor era delicioso, pero no agradó al pueblo ratuno, y el rey,

despues de declararlo bueno todo lo más para los hombres, ordenó que algunas ratas se quemasen el rabo, para que hubiese un agradable olor de socarina.

« Pero ¿ no habia prometido algo más el genio? preguntó el rey.

— Sí, respondió la rata, y cumplió su palabra. Es otra sorpresa del más grato efecto.

« Las violetas, dijo, es para la vista y el olfato, ahora voy á darte algo para el oído. »

Y la ratita tornó el asador. Las flores habian desaparecido. Se puso á menearlo como una batuta y á llevar el compas. ¡ Qué música más singular la que resonó ! No eran los acordes divinos que llenaron el bosque durante el baile de los genios ; eran todos los ruidos imaginables que pueden producirse en una cocina. Las ratas se volvian oídos.

Se oia el chisporrotear de los sarmientos, el ronquido del borno, el hervor de la sopa, el chirrido de la grasa, el ruido continuo de un pedazo de carne que se asa. De pronto se habia dicho que una bocanada de aire acababa de activar el fuego, de modo que las cacerolas se derramaron, y lo que cayó sobre las ascuas produjo gran ruido. Luego, un silencio completo. Poco á poco, comenzó un ligero rumor, como un canto suave y lastimero ; el agua hervia, paulatinamente, hasta que hirvió á borbollones. Las

cacerolas cantaban, unas en mayor, otras en menor. La ratita agitó la batuta con más viveza y entónces fué un ruido infernal; la rata, asustada, tiró el asador al suelo.

No se oyó nada más.

« ¡Buena coccion! dijo el rey. Vamos, que sirvan la sopa, debe ser excelente.

— Es que no hay más, dijo la ratita; toda la sopa se ha derramado en el fuego. »

Y se inclinó respetuosamente.

« ¡ Es una broma pesada! exclamó el rey. Adelante la segunda y que nos dé su receta. »



III

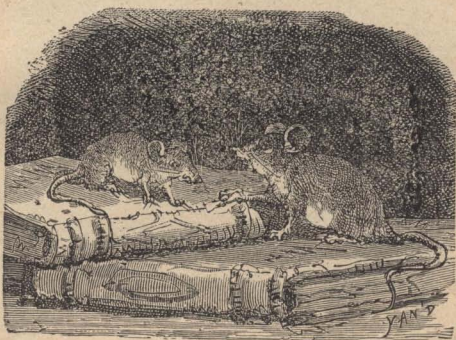
COPIA DE LO QUE CONTÓ LA RATA N° 2.

He nacido en la biblioteca de la quinta, dijo la segunda ratita. Se diría que un sortilegio pesa sobre nuestra familia : casi ninguna de nosotras tiene la felicidad de penetrar hasta el comedor ó la despensa, objeto de nuestros deseos. Es hoy la primera vez que en esta cocina entro ; sin embargo, no estoy desorientada, pues durante mi viaje he frecuentado varios de estos deliciosos lugares.

En la famosa biblioteca que fué mi cuna, tuvimos que sufrir el hambre á menudo ; pero adquirimos una notable instruccion y váyase lo uno por lo otro. La noticia del certámen abierto por órden del rey para el descubrimiento de la receta de los asadores en sopa, llegó hasta nosotras. Mi abuela recordó haber oido leer un dia, á uno de los bibliotecarios, este pasaje en una obra voluminosa : « El poeta es un mago ; puede hacer una sopa sólo con poseer un asa-

dor. » Mi abuela me preguntó si me sentia yo poetisa ; no sabía siquiera lo que podia ser. « Vaya, dijo, tienes que viajar y tratar de aprender cómo se hace un poeta. — Es una cosa superior á mis fuerzas, » repliqué.

Pero mi abuela, que habia sido curiosa en su juventud y habia escuchado á menudo lo que en la bi-



blioteca se leia, me dijo que, segun los autores más famosos, se necesitaban tres ingredientes para hacer un poeta : inteligencia, imaginacion y sentimiento. « Si consigues procurarte esas tres cosas, dijo, serás poetisa y entónces te será fácil preparar esa famosa sopa. »

Partí en busca de estas tres cualidades con direccion al oeste.

La inteligencia, me dije, es la principal de las tres ;

las otras dos son ménos estimadas en este mundo; así pues me apliqué primero á adquirir la inteligencia. Pero ¿ en dónde hallarla?

« Considera la hormiga y aprenderás la sabiduría, » ha dicho cierto rey de los israelitas, como lo habia oido leer tambien mi abuela. Marché por lo tanto



sin detenerme hasta que hube dado con el hormiguero que buscaba.

Las hormigas son un pueblo muy respetable, repleto de inteligencia. Entre ellas, todo pasa como un problema de matemáticas que se resuelve con el mayor método. Trabajar, trabajar sin descanso y poner huevos, es, segun ellas dicen, cumplir sus deberes en vista del presente y del porvenir, y no hacen otra cosa.

Se dividen en superiores é inferiores; el rango se

determina con un número de órden y la reina posee el número uno. Su parecer es el solo verdadero ; posee la ciencia infusa y no tardé en saberlo. Esto era de la mayor importancia para mí, y sólo tenía que descubrir á la reina entre aquella infinidad de animalitos.

Oí mencionar algunas de sus ocurrencias que debian ser el sumo de la razon, pues á mí me parecieron absurdas. Pretendia que su hormiguero era lo que habia de más elevado en el mundo, y que ella era más alta que las más altas montañas. Empero, al lado habia un árbol que sobresalia por lo ménos de cien piés, pero nunca se hablaba de él, y como las hormigas son ciegas, el dicho de la reina pasaba por la pura verdad.

Una tarde, una hormiga extraviada subió al árbol y, sin llegar á la copa, llegó bastante arriba, más alto que ninguna de sus hermanas habia subido nunca. Cuando volvió habló de su ascension y declaró que el árbol la parecia mucho más elevado que el hormiguero, lo que fué considerado como un insulto á la comunidad y la pobre hormiga fué condenada á los trabajos más penosos, como tirar de los insectos muertos, etc.

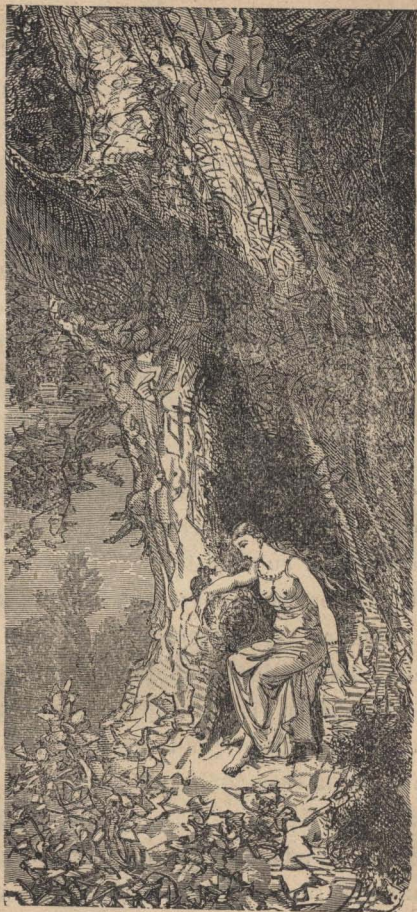
Pero, algua tiempo despues, otra hormiga se perdió árbol arriba. De regreso al hogar habló de su excursion con prudencia y anfibia, dejando

adivinar, empero, á quien queria comprender, que el árbol era mucho más alto que el hormiguero. Como era una de las grandes damas de la corte y merecia suma consideracion, en vez de perseguirla como á la primera, colocaron encima de su tumba, — cuando murió, — un cascaron de huevo á guisa de monumento, para eternizar el recuerdo de su valor y de su ciencia.

Entre tanto, no habia podido descubrir aun á la reina y seguía en observacion. Noté que las hormigas sacaban de vez en cuando sus huevos á secar al sol. Un dia, vi una que no podia recoger el suyo para volverlo á entrar. Otras dos se acercaron para ayudarla, pero como estaban cargadas y estuvieron á pique de dejar caer su carga, se fueron al momento dejando á la pobrecilla sin socorro. « Eso se llama obrar bien, dijo una voz; la caridad bien ordenada comienza por sí mismo. Nosotras hormigas no nos equivocamos nunca, pues todas nacemos razonables. Sin embargo, ante todas, yo soy la que mayor razon poseo. » Y vi entre la multitud una hormiga que se erguia con arrogancia sobre sus patas traseras. No cabia duda, era la reina. De una lengüetada me la tragué y poseí así la sabiduría y la inteligencia. Pero no era bastante.

Á mi vez me puse á subir por el árbol que sombreaba el hormiguero; era una hermosa y secular

encina, que poseia una magnífica corona en su copa.



ría por mi abuela que los árboles son habitados.

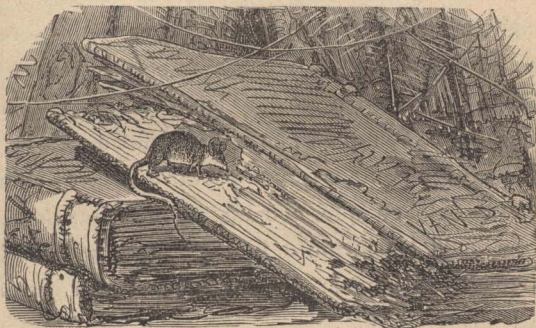
por seres particulares, dríadas, una ninfa que nace con el árbol y con él muere. En efecto, en lo más elevado, en un hueco del tronco, se hallaba una joven de una belleza sobrenatural, lo que no impidió que diese un grito de espanto al verme. Como todas las mujeres tenía miedo de los ratones; sabía además que habria podido roer la corteza del árbol al que estaba unida su existencia. La dije afectuosas palabras y la tranquilicé sobre mis intenciones; me tomó entónces en una mano y me acarició con dulzura. Le conté el porqué de mi viaje y me prometió que tal vez aquella misma noche poseeria una de las dos cualidades que me faltaban para ser poetisa.

« El hermoso Fantasio, dijo, el dios de la imaginacion, viene á posarse á menudo en este tronco nudoso que ama por su robustez, sus fuertes raíces y la majestuosa corona que en invierno reta las nieves y la intemperie, y en verano forma este soberbio dosel de follaje desde donde se domina el paisaje que tienes á la vista. Los pájaros cuentan sus aventuras, y la cigüeña que tiene colgado su nido en la única rama seca, habla de las maravillas del país de las pirámides.

» Todo eso agrada á Fantasio; tambien le gusta oirme contar el relato de mi vida, desde la época en que la encina era un pequeño arbusto; todo le

que he visto y experimentado desde hace tres siglos, te interesa y seduce. Dentro de poco debe venir á verme. Ocúltate abajo, en aquella mata de lirio; mientras sueña, bien hallaré medio de arrancarle una pluma de su ala; no habrá habido nunca poeta que haya poseído una semejante. »

Y con efecto, el brillante Fantasio llegó, la buena driada le quitó una pluma de sus alas y me la dió.



La mojé para que fuese ménos áspera, y con no poca dificultad acabé por tragármela. Poseia entónces inteligencia é imaginacion; me faltaba el sentimiento.

Regresé á la biblioteca; sabía que contenia muchas de esas novelas destinadas á hacer llorar á los humanos, y que hacen el oficio de esponjas para absorber el sentimiento.

Recordé que era fácil reconocerlas por el aspecto

apetitoso del papel; á fuerza de ser leídos por amos y criados, el papel tenía un dedo de grasa, excelente rebanada para el paladar de una rata.

Ataqué uno y luego otro y comencé á sentir singulares retortijones de pecho, si la frase es admisible; devoré otro y fuí poetisa, á no dudarle. Tenía dolores de cabeza, dolores de estómago, dolores en todas partes; me poseía una agitacion incesante.

Y ahora, ¿cómo hacer la sopa de asadores? Mi imaginacion me suministra muchas situaciones, historias, anécdotas y proverbios en que figura un asador. No hay nada más divertido, y es mucho mejor que una sopa que se come en realidad.

Así, voy á comenzar por narrar á Vuestra Majestad el cuento en que, con un asador magnético, la buena hada trasformó á la Cenicienta y todos los objetos de la cocina; mañana contaré otra historia y así sucesivamente.

« Basta de tontunas, dijo el rey; todo eso son cosas que no se comen ni con cuchara ni con tenedor. Siga la otra.

— */ Psch, psch !* » se oyó de pronto.

Una ratita, la cuarta de la partida, la que se habia creído muerta, acababa de entrar en la cocina. Se precipitó como una flecha en medio de la asamblea, derribando el asador cubierto con un velo negro, que se habia colocado allí en recuerdo suyo.

Habia corrido de dia y de noche para llegar á tiempo á la cita; habia tenido el valor de aventurarse en un vagon de un tren de mercancías. No tenía su asador y la faltaban muchos pelos, pues la habian dado más de un porrazo; tomó al momento la palabra, sin esperar su turno, como si la existencia de todo el pueblo ratuno dependiese de lo que iba á decir. Y habló con una solemnidad suprema. Todo esto era tan inesperado que el rey no pensó siquiera en echarla una reprimenda por su falta de respeto.

Escuchemos lo que contó.



IV

LO QUE DIJO LA CUARTA RATA CUANDO TOMÓ LA PALABRA ÁNTE DE LA TERCERA.

En primer lugar me trasladé á la capital de un gran país, pensando que en una ciudad importante hallaria más fácilmente detalles útiles. Como no tengo memoria para los nombres he olvidado el de la ciudad. Habia hecho el viaje en la carreta de un contrabandista ; fué embargada y llevada al palacio de justicia. Me escurrí al suelo y me oculté en la porteria.

Oí hablar al portero de un hombre que acababan de meter en la cárcel por algunas salidas irreverenciosas contra la autoridad ; sus palabras habian sido citadas, amplificadas, comentadas ; luego, alteradas así habian sido escritas en el papel y exageradas de nuevo.

« No hay nada grave, dijo el portero ; es una cosa an clara como la sopa de asadores ; pero puede costarle la cabeza. »

À estas palabras levanté la cabeza y agucé el oído; me dije, que tal vez me hallaba en buen camino para encontrar la receta. Además, el pobre prisionero me interesaba y me puse á buscar su cala-



bozo. Di con él y penetré por la gatera de la puerta.

El prisionero era pálido; llevaba una barba crecida y tenía relucientes ojos. La lámpara que alumbraba aquel sombrío recinto arrojaba una llama lúmeante y vacilante; las paredes estaban cubiertas de hollin y el prisionero grababa en ellas versos

y dibujos; parecia fastidiarse y me recibió con agrado. Me echó migajas de pan, me habló con dulzura y silbó para que me acercase; poco á poco, tuve en él plena confianza y fuimos dos buenos amigos.

Compartia su pan conmigo, me daba algo más que la corteza del queso; de vez en cuando teníamos salchichon; era una buena vida.

Pero no era todo esto lo que me complacia; estaba orgullosa del cariño de aquel excelente hombre. Me cogia en la mano, jugaba en su barba; cuando tenía frio me abrigaba en su manga. Tenía por mí un verdadero apego y yo le pagaba con creces. Olvidé el objeto de mi viaje, no hice caso de mi asador que cayó en una rendija del entarimado, donde se encuentra todavía.

Me quedé allí, diciéndome que, si yo me iba, el pobre prisionero no tendria con quien compartir su pan y queso. Pero fué él quien se marchó. La última vez que le vi, aunque estaba muy triste, me acarició con ternura y me dió una rebanada de pan y la mitad de su queso. Al salir del calabozo me mandó un beso con la mano. No volvió nunca y nunca he sabido lo que fué de él. «Sopa de asadores,» decia el portero siempre que se hablaba de él. Estas palabras me recordaron el objeto de mi viaje y volví á la porteria. Acostumbrada á las bondades

del prisionero, no desconfiaba ya de los hombres y cometí la imprudencia de dejarme ver. El portero me cogió, me acarició, pero me metió en una ratonera.

¡Qué horrible cárcel! Por más que una corre, no se adelanta y se rien de una á carcajadas.

El maldito portero me habia encerrado allí para que sirviese de juguete á una niñita, hija suya, con el cabello rubio como el oro, labios sonrientes y ojos alegres. Un dia, viéndome cansada de una carrera desesperada que habia dado, en círculo, exclamó: « ¡Pobre animalito! » y abriendo la portezuela me dejó salir. De un salto me subí á la ventana y huí por la canal gritando: « ¡Libre, estoy libre! »

Esperé que la oscuridad fuese completa, y por los tejados del palacio de justicia llegué á una torre habitada por un sereno y un buho. Vi muchos agujeros y me metí en uno aunque desconfiando del hombre y del buho, que se parece á un gato y como el gato es un perseguidor de nuestra raza.

Pero todo el mundo puede equivocarse y esto me sucedió á mí. El buho valia más que su cara; era viejo y tenía mucha experiencia, diciendo que descendia del famoso buho favorito de Minerva, diosa de la sabiduría; la verdad es que sabía mucho. Cuando sus hijuelos emitian alguna idea inconsiderada, les decia: « Vamos, no hagáis sopa de

asadores. » Y ellos sabían que habían dicho una tontuna.

Nunca les hacía censuras más graves y los trataba con suma ternura, lo que acabó por inspi-



rarme confianza, y le dirigí una mañana los buenos días.

El buho me dió la bienvenida y me prometió protegerme contra todos los animales dañinos, añadiendo que si el invierno era duro, se me comería él mismo.

Como os lo he dicho, es un animal muy astuto, y nada le inspira respeto. « Ahí tenéis al sereno, me dijo, se cree que es un personaje porque pregona la hora, y cuando hay un incendio despierta á los vecinos con los ayes de su bocina; no sabe hacer más que eso, tocar la bocina, y es como los asadores en sopa. »

Aquí le interrumpí para que me diese la receta de este plato. « ¡Cómo! exclamó, ¿ignoráis que es un modo de decir inventado por los hombres? Cada cual lo toma más ó ménos en su sentido; pero, en el fondo, equivale á la palabra *nada*. »

— ¡ Muy bien! dije yo sorprendida por esta explicacion. Lo que me decís disipa todas mis ilusiones sobre esa famosa sopa; pero, bien mirado, es la verdad, y la verdad es lo más precioso que hay en el mundo. »

Y abandoné la torre y me apresuré á volver entre vosotros, trayendo, no la sopa, sino algo más estimable: la verdad. Las ratas y ratones pasan por un pueblo sensato, me dije, y nuestro rey, afamado por su ingenio, quedará encantado de poseer la verdad y me hará reina.

« Tu verdad es una mentira, exclamó la tercera rata que aun no habia hablado. Yo sé preparar la sopa y vais á verlo con vuestros propios ojos. »

LA RECETA MARAVILLOSA.

« Yo, continuó la tercera rata, no he ido á buscar detalles en el extranjero ; me he quedado en nuestro país que vale tanto como otro cualquiera y en el que se halla lo que se quiere. No he ido á consultar los séres sobrenaturales, no me he tragado ni esto, ni lo de más allá para incharme de ciencia, no he pedido consejo á los buhos. Todo lo he encontrado en mi mollera, despues de largas reflexiones, y hé aquí lo que he sacado en claro :

Colocad un perol al fuego ; muy bien. Echad agua, más, lleno hasta el borde. Ahora, atizad bien la lumbre ; leña, carbon, es preciso que hierva á borbollones. ¡ Perfectamente ! Ha llegado el momento, meted dentro el asador ; cinco minutos más y estará listo, pero sólo falta una cosa. Que nuestro gracioso soberano se digne menear el líquido con su

augusto rabo durante unos dos minutos; y para que el regalo sea completo, conviene menear un minuto más.

« ¿Es preciso que sea mi rabo? preguntó el rey.

— Sí, Majestad; los rabos de nuestros súbditos no poseen esa virtud única, con que natura ha dotado el de Vuestra Majestad. »

El agua seguía hirviendo. El rey se acercó al perol



con dignidad y el mayor valor que pudo, y extendió el rabo como hacen los ratones cuando lo mojan en una taza de leche para lamérselo luego. Pero apenas hubo sentido el calor y el vapor, se retiró de un brinco diciendo :

« Sí, esto es, es la verdadera receta, y tú serás la reina. En cuanto á la sopa, la prepararemos en mejor ocasion, cuando llevemos cien años de casamiento.

Y el casamiento se celebró poco despues, con gran magnificencia.

Cuando se acabó la cena, algunas ratas decian : « Eso es sopa de rabo de raton y nada más. » Los relatos que habian oido, le parecian lindos los unos, mal contados los otros.

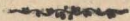
Asimismo, cuando la historia cundió por el mundo, las opiniones fueron múltiples : hubo quién la declaró divertida, quién insípida.

En fin, como me la contaron te la cuento; la crítica, en general, es como los asadores en sopa.





TESORO DORADO



I

La mujer del tambor se fué á la iglesia y vió el nuevo altar cubierto de imágenes pintadas y de lindos angelitos esculpidos. Todas las figuras eran magníficas, lo mismo las de los cuadros que fulguraban en sus auréolas, como las cinceladas en ma-

dera, pintadas y plateadas. Sus cabelleras resplandecían como el sol; pero más hermoso era aun el sol de Dios, que se ponía en aquel momento, encendido, y lanzaba sus rayos por los vidrieras de la iglesia.

Y la mujer del tambor miró el cielo teñido de púrpura y creyó ver al Señor cara á cara. Y reflexionó profundamente pensando en el niño que la cigüeña debía traerle. Esta idea la alegraba y con los ojos fijos en el dorado horizonte, deseó que su hijo tuviese algo de aquel brillo de sol ó que á lo ménos se pareciese al hermoso ángel del magnífico altar nuevo.

Y cuando tuvo al niño en sus brazos, y lo presentó al padre, la criatura se parecía á uno de los ángeles de la iglesia. Sus cabellos relucían como el oro, se veía en ellos el resplandor del sol poniente.

« Mi tesoro dorado, mi todo, mi sol, » exclamó la madre, besando sus cabellos. Y sus gritos de júbilo resonaban como una música en la estancia del tambor. ¡ Cuánta alegría, cuánta animación ! El padre dió un redoble en el tambor con el que anunciaba los incendios; pero era un redoble placentero.

El tambor decía :

« Rataplan, rataplan. Cabellos colorados, el niño tiene el pelo colorado. Creed el pellejo del tambor y no lo que dice su madre. ¡ Rataplan, rataplan ! »

Y la ciudad dijo, en efecto, lo mismo que decía el tambor que le anunciaba los incendios.

II

El niño fué llevado á la iglesia, el niño fué bautizado. Poca cosa hay que decir del nombre que le dieron, que fué : Pedro. Toda la ciudad, sin excluir el tambor, lo llamaba Pedro, el hijo del tambor, el niño de pelo colorado; pero su madre besaba sus rojos cabellos y le llamaba *Tesoro dorado*.

En las vertientes del camino cubierto que rodeaba la ciudad habia capas arcillosas en las que muchas personas habian grabado sus nombres, con la esperanza de que se conservaria su recuerdo. « La celebridad, decia el padre de Pedro, es siempre algo. » y escribió con su cuchillo su nombre y el de su hijo.

Llegaron las golondrinas que, en sus viajes, habian visto caractéres mucho más duraderos grabados en el mármol de los templos del Indostan y contando la hazaña de poderosos monarcas que habian vivido en una edad tan remota que nadie

sabía leer sus nombres que habían creído inmortales.

Las golondrinas sabían lo que vale la celebridad entre los hombres.

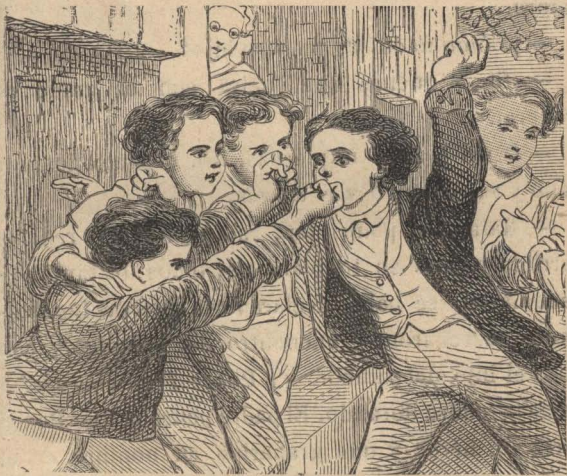
Construyeron sus nidos en las vertientes del camino cubierto, desmigajaron el terreno y las lluvias se llevaron el nombre del tambor y el de su hijo Pedro. Empero, Pedro no merecía que su nombre desapareciese tan pronto, pues tenía porvenir. Era un niño lleno de vida y alegría, poseía una voz deliciosa y cantaba como las avecillas del bosque. Se habría dicho que sus canciones eran las melodías de un gran compositor, y sin embargo no estaban impresas en ninguna parte. « Es preciso que sea monaguillo, dijo la madre, que cante en la iglesia, entre los ángeles dorados á los que se parece. »

Los graciosos de la ciudad no eran de este parecer y llamaban á Pedro : « Gato color de fuego. »

« No vayas á tu casa, le decían los pilluelos callejeros ; si entras en el granero, pegarás fuego á la paja y tu padre tendrá que tocar su tambor para anunciar el incendio. »

— Pero ántes, respondió Pedro, me prestará sus daguillas para daros una paliza. » Y pequeñito como era, se lanzó con osadía sobre el más insolente de los muchachos, le dió un puñetazo y lo tendió por tierra ; los otros huyeron.

La ciudad poseía un músico que enseñaba el canto á los colegiales. Era un hombre de mundo, un elegante, siendo hijo de uno de los lavaplatos de la casa real. Algunas veces llevaba á Pedro á su casa, le daba un violin y le enseñaba á tocarlo. Al ver el rápido movimiento de los dedos del niño, se habria



dicho que queria ser algo más que tambor, que deseaba ser el músico de la ciudad.

« Quiero ser soldado, » dijo un dia Pedro. Tenia aun muy pocos años y creía que era la cosa más hermosa del mundo llevar un fusil, marcar el paso : « Una... dos... una... dos, » vestir uniforme y tener al costado un gran sable.

« Conténtate con ser tambor, le decia su padre. Rataplan, plan, plan, rataplan. Bueno sería ser soldado si te elevases hasta el grado de general. Pero, para esto, sería necesario que hubiese una guerra.

— ¡ Dios nos libre ! dijo la madre.

— ¡ Oh ! no tenemos nada que perder, replicó el padre.

— ¡ Cómo nada ! Y ¿ nuestro hijo ?

— Sí, á ménos que vuelva con el grado de general.

— Ó sin brazos, ni piernas. No, prefiero guardar sano y salvo á mi *Tesoro dorado*.

— Rataplan, plan, plan, rataplan ». Un redoble terrible resonó en todo el país; todos los tambores redoblaron; se habia declarado la guerra. Los soldados marcharon al encuentro del enemigo y con ellos el hijo del tambor. « ¡ Pobre *Tesoro dorado* ! » decia la madre llorando. El padre pensaba que Pedro sería un héroe y que grabarian su nombre en el mármol. El músico de la ciudad era de parecer que el niño no habria debido ir á la guerra, que habria debido quedarse para aprender la música y tocar el violin.

III

« ¡ Colorado ! » decían los soldados, y Pedro se reía, pues siempre estaba de buen humor, siempre vivo y dispuesto á todo, lo que vale más que la calabacilla llena del mejor aguardiente. Muchas noches, cayendo el agua á chuzos, tuvo que reposar á cielo raso, empapado hasta los huesos; su alegría no le abandonó. Hacía mover sus daguillas y se reía. Rataplan. Todo el mundo estaba de pié. Rataplan. En verdad, habia nacido para ser tambor.

Llegó el día de la batalla; no habia salido aun el sol pero habia claridad. El aire era frio, pero ardoroso el combate. Habia niebla pero más humo de pólvora habia todavía. Las balas y las granadas volaban por encima de las cabezas, excepto las que entraban en los cráneos, en los cuerpos, en los miembros. Ya este, ya aquel, caían sobre sus rodillas cubiertos de sangre, con la cara blanca como el papel. El tamborcillo tenía su color sonrosado de

siempre, no tenía el más ligero dolor y se divertía viendo saltar delante de él al perro del regimiento. Su cara rebosaba una alegría perfecta, como si las balas que silbaban y caían á su alrededor fuesen confites.

« ¡ Adelante, adelante ! » tal fué la órden que recibió en un principio el tamborcillo. Sin embargo, la retirada era fácil, convenia replegarse y dieron la órden : « Atras. » Pero el tambor resonó con su : « ¡ Adelante, adelante ! » Así habia comprendido Pedro la órden, y los soldados obedecieron al tambor. Fué un redoble famoso ; les dió la victoria en el momento en que iban á ceder.

La batalla habia costado mucha sangre. Las granadas habian diezmado los batallones, habian esparcido á lo léjos pedazos de carne humana, habian inflamado los montones de paja en que los heridos se habian arrastrado...

De nada sirve pensar en esto y sin embargo se pensaba, aun léjos de la batalla, en la vida apacible de la ciudad. El tambor y su mujer no pensaban en otra cosa ; acaso ; no tenían á su hijo Pedro en la guerra ?

IV

No habia salido aun el sol, pero ya habia claridad. El tambor y su mujer habian acabado por dormirse: toda la noche habian hablado de su hijo, que estaba léjos confiado á la misericordia divina.

El padre soñó que habia terminado la guerra, que los soldados estaban de vuelta en sus hogares y que Pedro ostentaba una cruz de plata en su pecho. Pero la madre soñó que habia entrado en la iglesia y habia visto las imágenes pintadas y los ángeles esculpidos de dorada cabellera. Y su hijo querido, el tesoro de su corazon, estaba entre los querubines con trajes blancos y cantaba como sólo los ángeles pueden cantar. Se elevó con ellos en los aires, hácia el sol é hizo á su madre una señal amorosa.

« Mi *Tesoro dorado* ! » exclamó, y se despertó. Nuestro señor lo tiene á su lado. » Juntó sus manos, se ocultó la cabeza en las cortinas del lecho y lloró.

«¿ En dónde reposa ? En la fosa comun, con todos los otros muertos. Tal vez en lo profundo de un pantano. Nadie conocerá su tumba ; la palabra de Dios no se ha pronunciado sobre sus restos mortales. »

Y rezó el *Padre Nuestro* sin mover sus labios, inclinó la cabeza y estaba tan cansada de sus vigias que dormitó. Los dias pasaron así, entre el sueño y la vida.



V

Encima del campo de batalla se extendió un arco



iris que salía del bosque y desaparecía en los profundos pantanos.

Se dice, y es una creencia popular, que donde un arco iris toca la tierra, hay un tesoro oculto, un pedazo de oro.

Y en efecto, allí, en el bosque, estaba *Tesoro dorado*; nadie pensaba en el tamborcillo excepto su madre. Ni un cabello de su cabeza le faltaba.

« Rataplan, rataplan; ¡ él es, él es ! »

Terminada la guerra, firmada la paz, los soldados volvieron á sus países cubierta la sien con el laurel de la victoria, arrojando hurras, entonando alegres canciones. El perro del regimiento daba grandes saltos, describía grandes círculos, andando tres veces el camino que era empero bastante largo.

Y pasaron dias y pasaron semanas. Y Pedro entró en el cuarto de sus padres. Estaba tan moreno como un salvaje, relucian sus ojos de júbilo, su rostro resplandecía como un sol. Y la madre le tenía en sus brazos, besando sus ojos y sus cabellos colorados. ¿ No poseía de nuevo á su hijo ? No tenía la cruz de plata como lo habia soñado el padre, pero tenía los miembros sanos y enteros, cosa que la madre no habia soñado.

Grande era la alegría de todos. Lloraban y reían al mismo tiempo. Y Pedro dió un beso al tambor. « ¿ Aun vives, viejo armazon ? » exclamó. Y el padre dió un redoble : « ¡ Se diria que hay un incendio ! dijo

el pellejo del tambor. ¡ Cuánta agitacion ! Es que tienen inflamado el corazon. »

Y bien, y ¿ qué más ?... ¿ Qué más ? Preguntádselo al músico de la ciudad.

« Pedro sabe más que el tambor, dice; Pedro sabe más que yo. » El músico de la ciudad era, sin embargo, hijo de un lavaplátos de la casa real; pero todo lo que habia aprendido durante la mitad de su vida, Pedro lo supo al cabo de seis meses.

Habia en él algo esencialmente franco y alegre, dulce y bueno. Sus ojos brillaban y brillaban sus cabellos, — esto era incontestable.

« Deberia hacerse teñir el pelo, dijo la vecina. Le ha salido muy bien á la hija del comisario, que ha acabado por casarse.

— Sí, pero se le tornaron verdes y tuvo que seguir tiñéndoselos. — Pero, sale del paso, replicó la vecina, y Pedro tambien. Es recibido en las casas más elevadas, hasta en la del burgomaestre; da lecciones de piano á la señorita Carlota. »

Es que sabía tocar; pero, lo que se llama tocar; tocaba las piezas más hermosas, que no estaban escritas en ningun papel y que sacaba del fondo de su corazon. Tocaba siempre, lo mismo durante las noches claras que durante las noches sombrías. « Acaba por ser insoportable, « decia la vecina, y el tambor

de los incendios era tambien de parecer que, « mucho », es demasiado.

Tocó tanto que sus ideas fermentaron y tuvo grandes proyectos. Recordó su nombre escrito por su padre en la arcilla del camino cubierto : « Celebridad. »

Carlota, la hija del burgomaestre, estaba al piano; sus delicados dedos corrian por las teclas, y los sonidos que las arrancaba, hacian vibrar el corazon de Pedro; esto no pasó una vez, sino cien veces.

Un dia, cogió la delicada mano y habló á Carlota. Dios sabe lo que la dijo, pero ella se sonrojó hasta el blanco de los ojos. En esto, entró el hijo del consejero de Estado. Tenía la frente alta y blanca y la cabeza tan erguida que la nuca le tocaba casi las espaldas. Y Pedro permaneció algun tiempo más al lado de Carlota que le miraba con agrado.

En su casa, por la noche, habló del universo y del tesoro que tenía oculto en su violin : ; « Celebridad. »

« ¡ Plan, plan, plan! dijo el tambor de los incendios. Pedro está completamente loco. Deberian ejecutar un redoble sobre mi pellejo, pues creo que tiene un incendio en la cabeza. »

Al dia siguiente, la madre fué al mercado. « ¿ Sabes la noticia, Pedro? dijo al volver; una gran noticia. Carlota, la hija del burgomaestre se casa

con el hijo del consejero de Estado. Se decidió ayer noche.

— ¡ Es imposible ! » dijo Pedro, levantándose de un salto. La madre replicó : « Es la pura verdad. » Sabía la noticia por la mujer del peluquero que lo habia oido decir al mismo burgomaestre.

Y Pedro se puso pálido como un muerto y se volvió á sentar.

« ¡ Dios mio ! — ¿ Que te sucede ? preguntó la madre. — Déjame, déjame, no es nada. Déjame reposar, » respondió él, y las lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

« Dulce hijo mio, ¡ mi *Tesoro dorado* ! » dijo la madre, y lloró tambien. Y el tambor de los incendios exclamó para sus adentros : « Carlota ha muerto, se ha muerto y se acabó la cancion. »



VI

Pero la canción no se había acabado; había muchas estrofas más, las mejores; daban razón á la madre por haber llamado á su hijo *Tesoro dorado*.

« Se diría en verdad que se vuelve loca, dijo la vecina. Quiere hacer leer á todo el mundo las cartas que recibe de su *Tesoro dorado*, y no para hasta que se escucha lo que dicen los periódicos de él y de su violin. Cuenta cuánto dinero la envía, y tiene necesidad, desde que está viuda. »

« Toca delante de reyes y emperadores, dijo el músico de la ciudad. Yo no he tenido esa suerte; pero es mi discípulo y no se olvida de su maestro. »

« Su padre soñó, Dios le perdone, dijo la madre, que Pedro había vuelto de la guerra con una cruz de plata en el pecho. No la consiguió en la guerra, pero es mucho más difícil haberla ganado como él. Ahora tiene la cruz de caballero. ¡ Ah! ¡ si su padre viviera y le viese! »

« ¡ Célebre ! » Decía el tambor de los incendios y toda la ciudad decía lo mismo. « Sí, el hijo del tambor, Pedro el de los pelos colorados, Pedro que habian visto correr por las calles era *célebre*. »

« Tocaba en casa, ántes de que tocase delante de los emperadores, dijo la esposa del burgomaestre. Entónces estaba perdidamente enamorado de Carlota. Siempre tuvo grandes aspiraciones ; pero perdía el juicio. Mi marido reventó de risa al saber semejante locura. Ahora, Carlota es consejera de Estado. »

Sí, Dios habia colocado un tesoro en el corazon del niño que, cuando era tamborcillo, habia tocado la «marcha adelante», y habia hecho vencer á los que iban á retroceder. Tenía un tesoro en su alma: la potencia de los sonidos. Hacía resonar su violin como si hubiese en él toda una orquesta ; luego se oía el canto de la alondra, el canto del ruiseñor, y hasta la voz clara y vibrante del hombre. Por esto su música llenaba de delicia los corazones, y hacia resonar su nombre como un eco por el mundo. Era un verdadero incendio de entusiasmo.

« Y ¡ qué hermoso es ! » decian las damas. Hubo una señora romántica y ya de edad respetable que ideó formar un álbum de los cabellos de todos los hombres célebres, para poseer un rizo de aquella cabellera, de aquel tesoro dorado, de los pelos colo-

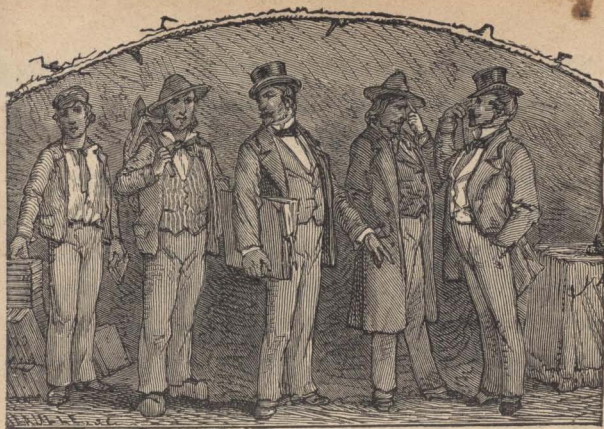
rados de que los pilluelos se burlaran tanto en otro tiempo.

Y Pedro, vestido como un príncipe, más dichoso que un rey, entró en la pobre morada del tambor. Sus ojos tenían la limpidez de otros días, su rostro resplandecía como el sol. Estrechó á su madre entre sus brazos, ella besó sus ardorosos labios, llorando, pero como sólo se llora de dicha y felicidad. Él, saludaba todos los muebles del cuarto, el armario, las pobres alfombras, las tazas, el sillón en que siendo niño había dormido. Fué á buscar el tambor de los incendios, lo puso en mitad de la habitación, y le dijo, como también á su madre: « Á buen seguro, mi padre habría ejecutado hoy un redoble sonoro. Á mí me toca hacerlo en su lugar. »

Y sacudió las daguillas de tal modo, que se habría dicho el fragor del trueno; el tambor quedó tan enorgullecido que reventó para que no le tocasen más, después de este redoble piramidal entre los redobles.

« Tiene una muñeca de bronce, dijo, unos dedos de hierro. Ahora tengo para siempre un recuerdo suyo. Y ¡ su madre! se diría que la alegría que experimenta al volver á ver á su hijo la va á jugar una mala pasada. ¡ Con tal que no la suceda lo que me acaba de suceder á mí! »

Fueron las últimas palabras del tambor de los incendios y el fin de la historia de *Tesoro dorado*.



ALGO

« Quiero ser algo, decia el mayor de los cinco hermanos ; quiero ser útil en el mundo. Por humilde que sea mi oficio, si lo que hago sirve á mis semejantes, seré algo. Voy á hacerme ladrillero. No es posible pasarse de ladrillos. Empleando en eso mi trabajo, podré decir que soy útil á algo.

— Sí, dijo el otro hermano, pero la ambicion es muy baja y muy mínimo el objeto. ¿ Qué es hacer ladrillos?... ¿ Quién no es capaz de hacer ladrillos? Yo prefiero ser albañil. Á lo ménos es una verdadera profesion. Se llega á ser maestro de obras y burgés

de la ciudad, y si las cosas van bien, tendré hombres á mis órdenes que llamarán á mi mujer « la maestra. » Esto llamo yo ser algo.

— No es ser nada, ser albañil, dijo el tercero de los hermanos. Por más que seas maestro no dejarás de ser un jornalero y no saldrás del pueblo. Yo conozco algo mejor : seré arquitecto. Viviré por la inteligencia, por el pensamiento; el arte será mi dominio. Ocuparé el primer puesto en el dominio de la inteligencia. Cierto es que deberé comenzar con trabajo; primero seré aprendiz de carpintero, llevaré una gorra y no sombrero de copa; iré á buscar vino ó cerveza para los obreros que se permitirán tutearme, lo que será ofensivo. Pero pensaré que es una broma de carnaval, el mundo al revés. Y cuando seré obrero, seguiré mi camino, entraré en la Academia de Bellas Artes, aprenderé á dibujar y héteme arquitecto. Esto es ser algo. Cuando me escriban, pondrán en el sobre : *Al honorable Señor don Fulano*, y aun tal vez pongan : *al muy honorable*. Tampoco es imposible que añadan algo á mi nombre, sea delante, sea detras. Y construiré lo mismo que han construido los que han venido ántes. Y así, construyendo, construiré mi fortuna. Á esto llamo yo ser algo.

— Lo que tomas por algo, replicó el cuarto hermano, me parece muy poco, casi nada. Yo no quiero

seguir el camino trillado por los otros, no quiero ser un copista. Seré un genio original y creador. Inventaré un nuevo estilo de arquitectura; trazaré el plano de los edificios según los diversos climas, los materiales del país, el espíritu nacional y el grado de civilización. A todos los pisos que de ordinario se alzan añadiré otro al que daré mi nombre y eternizará mi fama.

— Si el clima y los materiales no valen nada, replicó el quinto, nada bueno harás. En cuanto á la nacionalidad puede ensancharse de tal manera que no queden huellas de ella. Más incierto es aun el grado de civilización que pretendes adivinar; sube ó baja á cada paso, y ¿quién sabe dónde está? Por lo que acabo de oír, veo que ninguno de vosotros será « algo » por más que digáis. Para ser algo hay que elevarse por encima de todo; haced lo que os plazca, trabajad á vuestro antojo, yo hablaré de lo que hagáis, lo juzgaré, lo criticaré. Nada hay en el mundo que no tenga un lado imperfecto, lo descubriré, lo señalaré, hablaré de él como se debe. Esto es ser algo, pues conduce á todo. »

Esto hizo en efecto y no sin éxito. Decían de él: « Ese mozo es muy inteligente, un hombre entendido y capaz, y empero no produce nada. » Precisamente porque no hacía nada le creían algo. Ya veis, esta es un cuento muy corto, y sin embargo, desde que

el mundo es mundo, no se acaba nunca, comiezuza á cada paso.

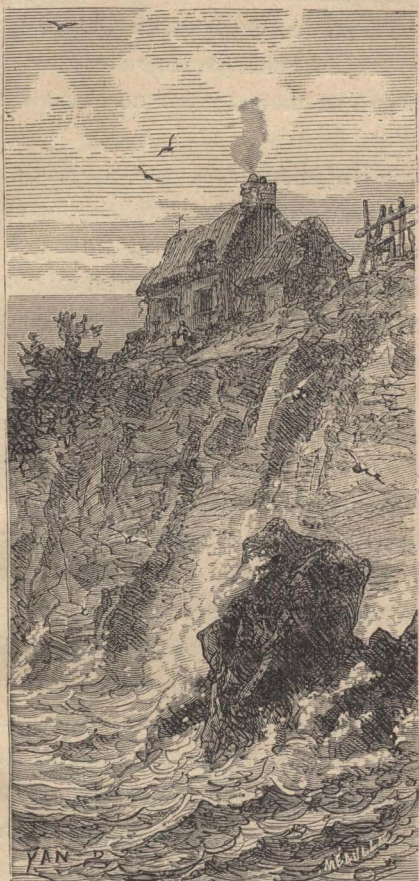
Pero¿ qué fué de los cinco hermanos? Oid con atencion, es una historia completa.

El mayor, que fabricaba ladrillos, notó en breve que por cada ladrillo recibia una moneda de cobre, y cuando tenia algunas, formaban un escudo blanco. Ahora bien, cuando se llega con un escudo á una tienda, á la panadería, á la cárnicería, etc., la puerta se abre sola y podéis pedir lo que deseáis. Esto producen los ladrillos. Hay algunos que se quiebran y rompen, pero de estos se puede tambien sacar partido como vais á ver.

Margarita, la mendiga, queria construirse una casita sobre el dique que detenia las aguas del mar. Recibió del ladrillero los ladrillos rotos y rajados, con algunos buenos y enteros, pues el mayor de los cinco hermanos, aunque no se elevase más allá de la fabricacion de ladrillos tenía buen corazon y habia recomendado que no escatimasen la dádiva.

La mendiga edificó ella misma su casita que fué baja y estrecha. Una de las dos ventanas carecia por completo de aplomo. La puerta no era bastante alta y el techo habria podido estar mejor colocado. Tal como era, la choza era un abrigo y la vista era soberbia. Se veia el mar, cuyas olas se estrellaban contra el dique y lanzaban su salada

espuma por encima de la casita. Aun estaba de pié



cuando el buen hombre que habia hecho los ladri-

llos yacia en el seno de la tierra, hacía muchos años.

El segundo hermano sabía sin duda edificar mucho mejor que la pobre Margarita, pues había aprendido el oficio. Cuando hubo pasado su exámen para ser obrero, cerró su morral y entonó el canto del artesano :

« Quiero viajar en tanto que soy jóven. Voy á construir casas en el extranjero. Soy jóven, tengo fuerza y salud, iré de ciudad en ciudad y veré el mundo. Y cuando vuelva, tengo fe en mi prometida, me habrá sido fiel. ¡ Hurra ! Buen oficio el de artesano. No tardaré en ser maestro. »

Le sucedió lo que dice la cancion. Cuando volvió fué recibido maestro. Construyó una casa y luego otra, todas en fila, que formaron la calle más hermosa de la ciudad. Estas casas acabaron por edificarle una á él. No las preguntes cómo, porque no responderán ; pero la gente del barrio te responderá : « Sí, la calle le ha construido su casa. »

No era una gran casa ; el suelo era de arcilla ; pero cuando hubieron bailado sobre él el día de su boda, la arcilla quedó apisonada y tan luciente como un entarimado. Las paredes estaban cubiertas de azulejos, con una flor cada uno, lo que valia tanto como el máspreciado cortinaje. Era, en suma, una casa bonita y un matrimonio feliz. La bandera de la corporacion flotaba en el fróntis y cuando los albañiles y

aprendices pasaban delante, gritaban : « ¡ Viva nuestro buen amo ! » Sí, habia llegado á ser algo.

El tercer hermano, despues de haber sido aprendiz de carpintero, hecho los recados de los obreros y llevado la gorra, habia entrado, como lo dijo, en la Academia de Bellas Artes y habia obtenido el diploma de arquitecto. Desde este momento, cuando le escribian, ponian en el sobre : « Al muy honorable y muy distinguido señor, etc. »

Si la calle que el albañil habia construido le dió una casa, la calle recibió el nombre del tercer hermano y tuvo la mejor casa de ella. De seguro algo era tener títulos delante y detras de su nombre. Su esposa era una dama de condicion y se consideraba á sus hijos como si fuesen de la clase elevada. Cuando murió su nombre siguió en el azulejo de la esquina de la calle y fué pronunciado por todos. Sí, este habia sido algo.

El cuarto hermano, el hombre de genio que pretendia crear un estilo nuevo y original y adornar las casas con un piso nuevo que debia inmortalizarlo, no alcanzó completamente su objeto. Haciendo construir este piso de nueva forma se cayó y se mató. Pero le hicieron un magnifico entierro con música, se echaron flores y juncos en las calles por las que pasó el féretro. Pronunciaron en su tumba diez oraciones fúnebres, á cuál más largas, y el dia-

rio puso una orla negra á sus columnas. El muerto habria apreciado estas ventajas si las hubiese presenciado, pues lo que más preferia era que hablasen de él. Le elevaron un monumento funerario y algo es algo.

Habia muerto, y muerto habian tambien sus tres hermanos mayores. No sobrevivía más que el quinto, el gran hablador, y en esto no salía de su papel que era quedarse siempre con la última. Como dicho queda, habia adquirido la reputacion de un hombre entendido y capaz aunque no hubiese hecho más que hablar sobre las obras ajenas. « Es una buena cabeza, » decian en general. ¿ Habia sido algo este sujeto ? Su hora le llegó, murió y se presentó á las puertas del cielo. Allí se entra de dos en dos. Tenía á su lado otra alma que tambien queria entrar, y era precisamente Margarita, la mendiga, la que habitaba la choza del dique.

« En verdad, singular contraste es que yo y esta alma miserable nos presentemos juntos, dijo el hablador. ¿ Quién sois vos, buena mujer, que queréis entrar en el paraíso ? »

La buena anciana se inclinó con el mayor respeto, pensando que era por lo ménos San Pedro e que la hablaba. « Soy una mendiga, dijo, sola y sin familia. Yo soy la que llamaban la vieja Margarita de la casa del dique.

— Y bien. ¿ qué habéis hecho de bueno y útil en la tierra durante vuestra vida ?

— En verdad no podría decirlo. No, no he hecho nada para merecer que me abran esta puerta. Será



un favor sin igual si me permiten que me cuele de rondón en el paraiso.

— ¿ Cómo habéis dejado el otro mundo ? » preguntó el replicon por hablar y distraerse, pues se cansaba de esperar á la puerta.

— No se á punto fijo cómo he salido del otro mundo. Durante mis últimos años estuve muy enferma, y sufrí una gran miseria. Una vez me arrastré fuera de mi cama y me embargó un frío glacial. Eso sin

duda me mató. Vuestra grandeza recuerda, sin duda, cuan duro fué el invierno; felizmente ya no me puede hacer sufrir. Hubo algunos días sin viento, pero el frío continuaba, y tan léjos como la vista podia extenderse el mar estaba cubierto de una capa de hielo.

» Todos los vecinos de la ciudad fueron á pasearse sobre el terso espejo. Unos iban en trineo, otros corrian patines, aquellos bailaban debajo de una tienda de campaña, estos bebían en las tabernas que se habian instalado allí. Desde mi cuarto, oía los sonidos de la música y los gritos de alegría.

» Esto duró hasta por la noche; la luna se habia levantado y era hermosa, pero no tenía su brillo acostumbrado; desde mi cama, miraba yo el inmenso mar. De pronto, vi una nube blanca, de un aspecto singular. La consideré con atencion y noté un punto negro que se extendia de minuto en minuto. Supe entónces lo que anunciaba. Soy vieja y tengo experiencia. Aunque rara vez se vea esa señal de duelo, la conocia y me acometió un temblor convulsivo.

» La habia visto dos veces en mi vida; sabía que aquella nube acarrearía una espantosa tempestad y una marea que se tragaria á todas las pobres personas que bebían y cantaban, no pensando más que en divertirse. Jóvenes y viejos, toda la ciudad estaba allí. ¿Quién los prevendría?... ¿Habría ál-

guien que comprendiese como yo el siniestro presagio, y viese sólo la nube ?

» Me preguntaba esto con angustia, y me sentí más vida y fuerza que desde hacía mucho tiempo. Logré salir de mi lecho y llegar á la ventana. No pude ir más allá, estaba rendida.

» Pude sin embargo abrir la ventana. Vi á todos los vecinos correr y saltar por el hielo ; todos estaban a'egres ; los criados y las criadas bailaban ; los viejos miraban y aplaudían. Se divertían con todas véras. Pero ; la nube blanca con el punto negro!...

» Grité cuanto pude ; nadie me oía, estaba muy léjos. La tormenta iba á estallar de un momento á otro ; el hielo levantado por el agua se rompería y todos perecerían ahogados. ¡ Nadie podría socorrerlos !

» Volví á gritar con todas mis fuerzas, pero tampoco me oyeron, y era imposible que llegase hasta ellos. ¿ Cómo atraerlos á tierra ?

» El Dios de bondad me inspiró entónces la idea de pegar fuego á mi cama y quemar mi casa ántes que dejar morir miserablemente á todas aquellas gentes. Al instante ejecuté mi designio. Las llamas rojizas comenzaron á elevarse. Era una especie de faro que les encendía. Pasé el umbral de la puerta, pero permanecí allí por el suelo, sin fuerzas. El fuego salía por el techo, por las ventanas, por la puerta ;

las llamaradas llegaban hasta la cama para la noche



« La poblacion que estaba sobre el hielo notó la

Variedad, todos acudieron para salvar á la pobre mujer que suponían iba á ser quemada viva. No hubo ni uno que no se precipitase hácia el dique. Oí el ruido de los pasos y casi al mismo tiempo un espantoso estruendo resonó en los aires, ruidos sordos, descargas eléctricas, como cañonazos. La marea subió, levantó el hielo y lo rompió. Pero no había nadie sobre él. Los había salvado á todos.

» El espanto, el esfuerzo que tuve que hacer, el frío glacial que se apoderó de mí acabaron con mi triste existencia y hé aquí como he llegado á la puerta del cielo. He oído decir que se abría á veces para pobres criaturas como yo; no tengo amparo, no existe mi casa; ¿me recibirán aquí?»

Acababa de pronunciar estas palabras cuando la puerta del paraíso se abrió de par en par y un ángel introdujo á la pobre vieja. Esta dejó caer una pajita de las que había en su cama cuando la prendió fuego. La paja se cambió en oro puro, creció en un segundo, echó ramas, hojas y flores y fué lo mismo que un maravilloso árbol de oro.

« Ya ves, dijo el ángel al hablador, lo que esta mendiga ha traído. Y tú ¿qué traes? Nada, yo lo sé; nada has producido en tu vida, ni siquiera un ladrillo. Si pudieses volver á la tierra para fabricar uno, saldría mal hecho, pero sería prueba de buena voluntad, y la buena voluntad es algo. Des-

graciadamente es imposible y no puedo hacer nada por ti. »

Entónces, la mendiga de la casa del dique se puso á suplicar por él :

« Lo reconozco, dijo, su hermano fué quien me dió

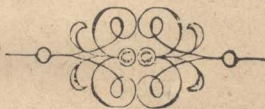


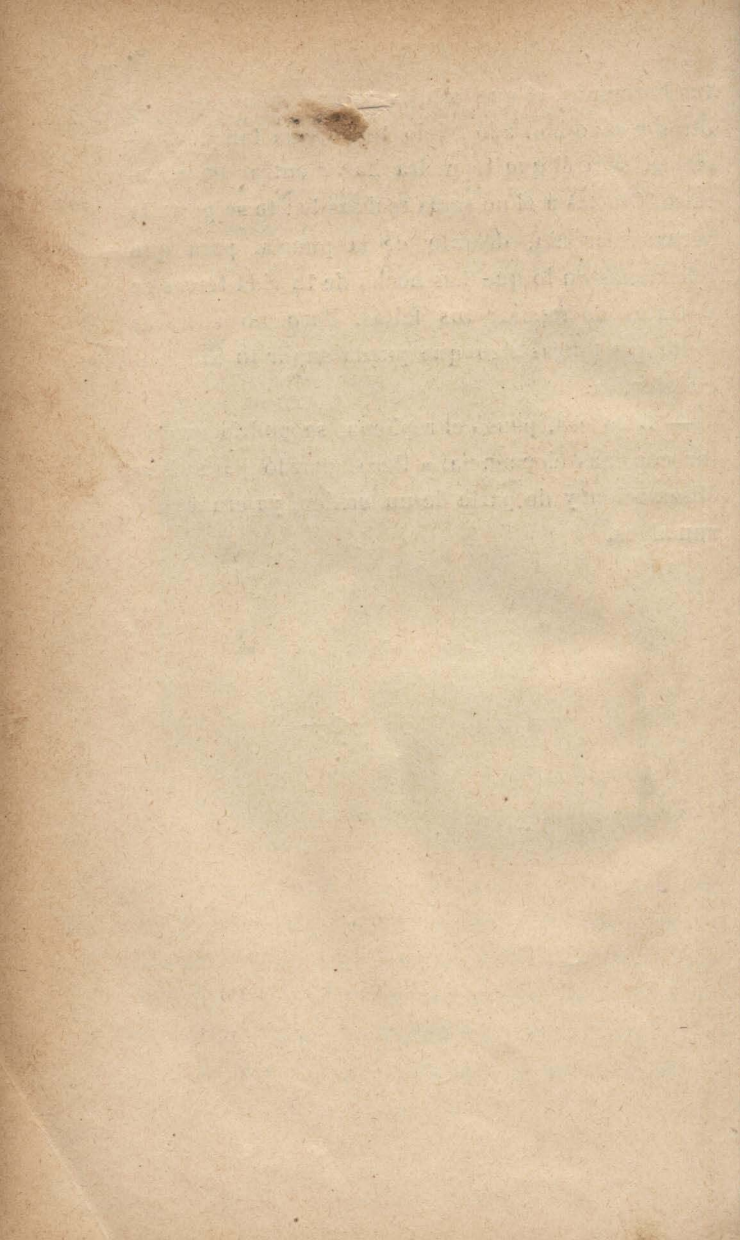
los ladrillos para hacer mi casa. ¡ Qué bondadoso fué para conmigo ! ¿ No podrian servir todos aquellos pedazos de ladrillos por el ladrillo entero que este deberia dar ? Sería una gracia, sin duda ; pero ¿ no es aquí donde se hacen todas las gracias ?

— Ya lo ves, replicó el ángel, el más humilde de

tus hermanos, el que estimabas aun ménos que los otros y cuyo honrado oficio te parecia tan despreciable, será él que te podrá hacer entrar en el paraíso. Gracias á él no serás rechazado ; te se permite permanecer ahí, delante de la puerta, para que reflexiones en lo que has hecho de tu vida terreste y trates de reparar tus faltas. Pero no entrarás hasta que tengas algo que pueda suplir tu indigencia efectiva.

— Todo eso, pensó el replicon, se podría expresar con más elocuencia. » Pero guardó para sí su observacion y de parte de un crítico, ya era algo y aun algos.







LA NIÑA QUE PISABA EL PAN

Muy conocida es la historia de la niña que, para no ensuciarse los zapatos, andaba pisando el pan; escrita é impresa está la historia; se sabe cuánto tuvo que sufrir la pequeñuela. Pero nunca se ha

contado el fin de la historia y vamos á contarlo. Principiemos por el principio.

La niña se llamaba Inger; habia nacido de padres pobres, pero era muy orgullosa, y era ademas muy mala. Siendo muy niña, se divertia cogiendo moscas y arrancándoles las alas; le complacia ver á los pobres bichos arrastrarse por el suelo con trabajo. Despues cogia abejorros, los atravesaba con una aguja y ponía al alcance de sus patas pedacitos de papel. El animal los cogia, meneándose para soltarse del alfiler. « Ahí tenéis al abejorro que lee, exclamaba Inger; vuelve la hoja. »

En vez de corregirse con los años se tornaba peor; pero era linda de cara; fué su desgracia, pues á no ser por esto no habrian gastado tantos miramientos y la habrian castigado de lo lindo.

« Siendo niña, le decia su madre, me has dado muchos puntapiés en el seno, cuando te encolerizabas; temo que más tarde me aplastes por completo el corazon. »

Y fué lo que sucedió.

Fué colocada de servicio en un palacio, en casa de personas de condicion que la trataron como su hija; estaba vestida como una señorita, le sentaba muy bien y esto no hizo más que aumentar su orgullo.

Despues de un año sus amos le dijeron : « Inger, deberias ir á visitar á tus padres. »

Esto le convino y partió para ir á su casa, pero no por deseo de ver á sus padres, sino para enseñar sus trajes á sus amigas. Al llegar á la aldea, vió al rededor de la fuente várias jóvenes hablando: muy cerca estaba su madre que descansaba sobre una piedra teniendo al lado un haz de leña que habia recogido en el bosque. Inger se volvió atras; tenía vergüenza de mostrarse junto á su madre que estaba casi en harapos, miéntras ella estaba bien vestida; este contraste habria anulado todo el efecto que queria producir. No tuvo remordimiento por su mala accion; pero la contrarió mucho haberse vestido tan bien inútilmente.

Pasaron seis meses. « Harias bien en ir á decir buenos dias á tus pobres padres, le dijo su ama. Toma, hé aquí una hogaza de pan blanco que les llevarás de mi parte. Les dará gusto ver que te has hecho una linda jovencita. »

Inger se puso su mejor traje y sus brillantes zapatos nuevos. Se remangaba bien las enaguas y andaba con precaucion para no coger lodo ni polvo. En esto no habia mal. Pero tuvo que atravesar un hornaguero; llegó á un sitio en que habia agua y lodo. Para estar segura de no ensuciar sus hermosos zapatos, puso la hogaza de pan por tierra á guisa de plancha, tenía un pié sobre el pan; con el otro iba á seguir andando, cuando la hogaza se hundió é

Inger desapareció también en el pantano. No se veía más que una charca de agua de la que salían bolas de aire.

Esto es todo lo que se sabía de la historia hasta ahora. Escuchad la continuación.

Inger bajó pues á través del lodo líquido hasta



dar con el hada de los pantanos que estaba preparando sus venenos. Es una prima lejana de los genios. Sabidas son las costumbres de estos y se narran en los cuentos. Pero, todo lo que sabe el pueblo del hada de los pantanos es que cuando en verano se alza una nube de baho de los hornagueros, es que está el hada preparando sus venenos. No se tienen más detalles. Algo más sé yo. Su

morada es un lugar espantoso, peor que una cloaca. Hay una infinidad de frascos y vasijas que despiden horribles miasmas, y entre ellos sapos y enormes culebras.

Inger, arrastrada por el pan al que estaba unida como lo está la paja al ámbar que la ha atraído, penetró en aquel inmundo recinto; al rozar los reptiles, frios como el hielo, se espeluznó, sus miembros se entorpecieron, se atarecieron.

El hada estaba en casa; recibia la visita del diablo y de su madre, una vieja de la piel de su hijo, pero que no permanece un minuto sin trabajar. Doquiera va se lleva una labor en las manos. Aquel día bordaba tejidos de embustes, y con palabras imprudentes que habian escapado á los hombres, hacia una redecilla que debia ser la pérdida de toda una familia. ¡Qué de prisa iban sus engarabitados dedos! Cuantas más desgracias debia producir su obra, con más actividad trabajaba.

Notó á Inger, y despues de haberse calado los espejuelos, la consideró de cerca. « ¡Ah! dijo, es una muchacha que tiene disposiciones. Mi buena hada, os suplico que me la regaléis; será un recuerdo grato de mi visita. Hará muy bien en una rinconera, en la antesala de mi hijo. »

El hada se la dió y la vieja se la llevó al infierno. No siempre se llega á este lugar por el camino recto;

cuando se tienen disposiciones, se llega tambien por caminos de travesía.

La antesala era una inmensa sala cuyo fin no se veia. Habia allí numerosas personas que, con el corazón corroído por la inquietud, esperaban presentarse á Lucifer. Pero el diablo tenía tanto que hacer que tenían para rato. Grandes arañas se pusieron á tejer á los piés de los que esperaban una tela que los sujetaba como cadenas de hierro y que cortaba como cuchillas cuando trataban de moverse.

Entre tanto, las almas estaban devoradas de fiebre y de impaciencia; cada una sufria una angustia particular. Un avaro pensaba en su fortuna; sabía que habian encontrado la llave de la caja y que la iban á abrir. No se acabaria si se quisieran enumerar las diversas penas y suplicios que allí se pasaban. Inger, colocada en la rinconera con la hogaza á la que estaba pegada sufria horribles tormentos. « Hé aquí lo que es, se dijo, no querer ensuciarse los zapatos. ¿ Qué tienen ? ¡ Cómo me miran ! »

En efecto, todos los ojos estaban fijos en ella. ¡ Qué malas miradas ! Hacian temblar.

Y sin embargo Inger, tan vanidosa era, se sintió halagada por aquel exámen. « ¡ Qué tonta soy ! se dijo; si me miran así, es porque tengo una linda cara y hermosos vestidos. »

Y bajó los ojos, — la única cosa que podia mover,

pues estaba tiesa como un palo, — para admirarse á sí misma.

¡ Oh! ; cómo se habia ensuciado en el laboratorio del hada del pantano! No habia pensado en esto. Su traje estaba cubierto de un fango pegajoso; una horrible culebra se le habia metido en el cabello y le colgaba por encima del hombro; en cada pliegue de su vestido habia un gran sapo que asomaba su asquerosa cabeza.

Por un momento, Inger quedó terriblemente humillada. « Bien mirado, se dijo al cabo, los otros no están mejor que yo. » Y con esto se consoló un poco.

Pero sufrió un aumento de tortura que no permitia hacerse ilusiones; sintió un hambre devoradora. Trató de bajarse y coger un pedazo del pan que estaba á sus piés. Fué en vano. Su cintura permaneció inflexible: brazos y manos estaban como palitroques helados; su cuerpo inmóvil como una estatua de piedra. Sólo sus ojos habian conservado la facultad de rodar en sus órbitas, de volverse en todos sentidos, hasta hácia atras. Esto hizo, pero, ¡ qué horror! vió una infinidad de insectos que le subieron hasta el rostro y no hacian más que pasarla por delante de los ojos. ¡ Qué suplicio! Pestañeó mucho, pero los horribles bichos no se iban. Si hubiesen tenido alas, se habrian ido; pero no las

tenian ; eran todas las moscas á las que, siendo niña, habia arrancado las alas.

Al mismo tiempo, el hambre no dejaba de martirizarla ; le parecia que le roian las entrañas y que su cuerpo se quedaba vacío. « Si esto sigue, se dijo, pereceré. » Le alegraba la idea de no existir. Pero esto duró y tuvo que sufrir más aun.

Héte que una lágrima tibia le cayó de arriba sobre su rostro y rodó hasta el pan ; luego otra y otras más. ¿ Quién podia llorar sobre Inger... ? ¿ Lo preguntáis ? Acaso, ¿ no tenia aun en la tierra á su madre ? Las lágrimas que el pesar arranca á una madre llegan siempre hasta el hijo que las causa ; pero no alivian, queman y acrecen el dolor.

Y ¡ siempre aquella insoportable hambre ! Y ¡ no poder alcanzar aquel hermoso pan blanco que estaba á su alcance ! Creyó que su cuerpo se ponía como un cañon de órgano que repercute todos los sonidos. Y en efecto oyó todo lo que se decia en la tierra sobre ella. Su madre que lloraba, no podia ménos de decir : « El orgullo se castiga siempre. Eso causó tu desgracia, Inger. ¡ Cuánto has hecho sufrir á tu madre ! »

Todo el mundo sabía en la tierra el pecado que habia cometido ; un pastor la habia visto poner el pan en el lodo, subirse encima y desaparecer.

« ¡ Cuántas penas me has causado, Inger, continuó

la madre. Muy á menudo lo he sospechado, viéndote tan vanidosa.

— ¿Y por qué me ha puesto en el mundo? pensó Inger. Más valdria que no hubiese existido nunca. ¿De qué me sirven las lágrimas de mi madre? » Luego oyó a las buenas personas que la habian tratado como su hija : « No ha tenido respeto por los dones de Dios, los ha pisado. ¿Cómo ha podido pecar así? La puerta de la gracia no se abrirá pronto para ella.

— Y bien, pensó Inger, no tenian más que corregir mis defectos, si los he tenido. »

Luego oyó contar todo un romance sobre ella, sobre la orgullosa que se subía en el pan para no ensuciarse los zapatos; este romance lo cantaban en coro por doquiera.

« ¡Qué cosas más atroces dicen sobre mí! pensó Y ¡qué cruelmente sufro! Pero, los que se burlan de mí seran castigados tambien por sus pecados. Esto me consolará ¡Ay! ¡Ay! ¡cuánto sufro! »

Y su alma se endureció más aun que su cuerpo.

« ¿Cómo quieren que me enmiende en esta sociedad de condenados en la que me encuentro? Además, no quiero enmendarme. ¿Acabarán de mirarme como un animal curioso? »

No pensaba que, en otro tiempo, no soñaba mas que con esto, ser un objeto de atencion; y su

alma se llenó de odio contra toda la humanidad.

« Y bien, se dijo, ¿ de qué se quejan allá arriba? Al fin tienen algo que contarse : mi historia. ¡ Oh! ¡ qué suplicio ! »

Oyó cómo contaban su historia á los niños que la aborrecían y la llamaban, Inger la mala, la impia. « La horrible criatura, decían, debe estar horriblemente castigada. »

Los niños la trataban con suma dureza. Empero un dia, cuando más la atormentaba la tristeza y el hambre, oyó de nuevo á una madre que contaba á una niña inocente, lo que habia pasado á Inger la vanidosa, la coqueta, su pecado, su castigo. La niña rompió á sollozar y exclamó : « ¿ Pero no subirá nunca al cielo ?

— No, nunca se moverá de donde está, respondió la madre. — Y ¿ si pidiese perdon humildemente, si prometiese no volver á hacer nunca una cosa semejante? — Sí, tal vez. Pero, no quiere pedir perdon. — ¡ Oh ! ¡ cuánto desearia que se arrepintiese ! replicó la niña, que no dejaba de llorar. Daria mi mejor muñeca, daria todos mis juguetes para que pudiese salir del infierno. ¡ Pobre Inger ! ¡ Es espantoso lo que sufre !

Estas palabras penetraron hasta el fondo del alma de Inger y le aliviaron. Era la vez primera que la compadecían, que la llamaban, la *pobre Inger*, sin

recordar ningunos de sus defectos. Una criatura inocente lloraba por ella y pedia su gracia. Se sentía conmovida, tenía también ganas de llorar, pero no podía; sus ojos permanecieron secos; su garganta no pudo exhalar un suspiro. Fué un nuevo suplicio.

Pasaron muchos años; en la tierra hubo muchos cambios; pero en el infierno siguió todo lo mismo. Inger seguía experimentando los mismos tormentos; en la tierra se hablaba ménos de ella. No oía más que rara vez pronunciar su nombre.

Un día llegaron á sus oídos estas palabras pronunciadas en voz baja : « Inger, hija mia, ¿ cómo has podido afligirme así? Á veces, empero, tuve el sentimiento. »

Eran las palabras que murmuraba su madre al exhalar el postrimer suspiro.

Donde más á menudo hablaban de ella era en casa de sus antiguos amos. Sentían que hubiese acabado tan mal. ¿ « No la veré nunca más? decía la dama. ¿ Quién sabe? Acaso, ¿ puede preverse de uno se hallará un día? »

Pero Inger sabía muy bien que su excelente ama no iría nunca al lugar maldito en el que se hallaba desterrada.

Y pasaron más años. ¡ Qué largos parecieron á la infeliz que permaneció sin esperanza, presa de las torturas más terribles!

Héte que de pronto Inger volvió á oir pronunciar su nombre ; al mismo tiempo distinguió encima de ella como dos estrellas brillantes ; eran dos ojos de una dulzura angélica que se iban á cerrar en la tierra. Eran los ojos de la niña que habia llorado tan amargamente por la suerte de la pobre Inger ; des-



de aquel tiempo habia llegado á ser una vieja, una santa que Dios iba á llamar á su lado. En aquel momento supremo en el que se ve á menudo toda la vida pasada, como en un cuadro, recordó cuanto la habia conmovido, siendo niña, la historia de Inger. Fué tan viva la impresion que dijo en alta voz :

« ¡ Señor Dios mio ! ¿ no he despreciado como Inger vuestros dones ? ¿ No he tenido momentos de culpable orgullo ? Pero en vuestra bondad no me ha-

béis dejado resbalar por esa pendiente, me habéis hecho reconocer mis errores. ¡ Oh! no me abandonéis en mis últimos momentos. »

Y los ojos de su cuerpo se cerraron, pero se abrieron los del alma y vió lo que no se ve desde la tierra. Como habia pensado en Inger al morir, vió al instante á la desgraciada en su lugar de suplicio, y la piadosa mujer rompió á llorar. Habia subido al cielo y como en otro tiempo, se desconsolaba por la suerte de Inger é imploraba la gracia divina en favor de la infortunada.

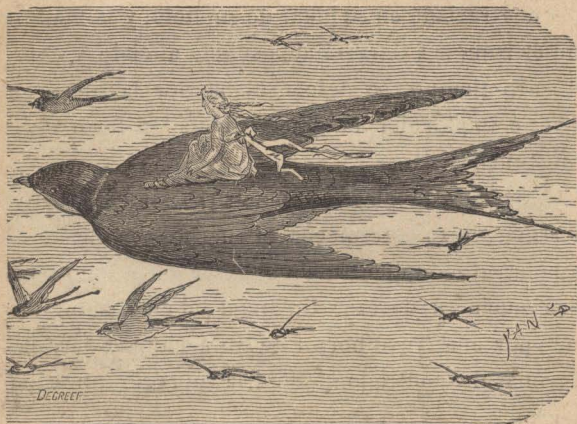
El eco de esta plegaria penetró hasta en el antro horrible é hizo estremecer el cuerpo petrificado de la pobre alma doliente ; aquel amor del que no tenía idea venció su dureza. Un ángel del cielo habia llorado por ella. Tuvo horror de sus acciones, derramó lágrimas de contricion. ¿ Podria merecer nunca su perdon ?

Espantosa incertidumbre.

Héte que de lo alto del cielo un rayo de luz penetró en el antro, el cuerpo de Inger se convirtió en vapor y de él salió un pajarillo que subió á la superficie de la tierra. El pajarillo era muy tímido, parecia avergonzado, tenía miedo y se ocultaba al oír ruido. Mucho tardó en acostumbrarse á la luz y distinguir el mundo y sus maravillas. Pero lo vió al fin.

El aire era dulce, embalsamado con el aroma de las

flores. Todo se alegraba y él se alegró. Pero no podía cantar y expresar su gratitud. Dios lo sabía. El día de Navidad, cuando todos los pájaros acudían al haz de avena que en el Norte se entrega á los pájaros para que dividan la alegría general, se oyó de



pronto un gozoso ¡pip! ¡pip! Era el pajarillo; en el cielo sabían quién era.

Aquel día hubo abundancia, pero llegó la carestía. El invierno era duro. El pajarillo iba á la nieve que cruzaban los trineos, donde había migajas de pan; comía apenas y dejaba lo demás para los gorriones. Luego fué á la ciudad, buscó en las ventanas; cuando hallaba pan cogía una migaja, y llamaba á los otros

pájaros. Al fin del invierno, las migas estas pesaban tanto como la hogaza que había pisado Inger para no ensuciarse los zapatos. Cuando hubo ofrecido la última migaja que completaba el peso, sus alas se tornaron de una brillante blancura.

« ¿ De dónde vino esta golondrina marina ? » dijeron los niños que vieron al pájaro volar rápidamente hacia el mar, bañarse en él y luego lanzarse hacia el cielo como una flecha. ; Cómo relucían sus alas ! Desapareció. Los niños dijeron que había entrado en el sol.



ÍNDICE

	Página.
LOS ASADORES EN SOPA.....	7
TESORO DORADO.....	39
ALGO.....	57
LA NIÑA QUE PISABA EL PAN.....	73



